

profundidad muy grande, aunque tengan á la vista poca apariencia, llenos de efectos y de compradores y curiosos y el río lleno de una y otra orilla de barcos de todas dimensiones, que entran y salen, cargan y descargan, y son interrumpidos en su marcha á veces por los vapores que en cada puente y estacion dejan y recogen centenares de pasajeros, dan á la *City* un carácter tal de vida y de animacion, que no solamente admira é impone, sino que aturde y confunde al que no está habituado á este eterno ruido y á este infinito movimiento.

Nueva-York dá una idea de lo que es el tráfico y el comercio de la ciudad de Lóndres; pero Bruselas, Berlin, Viena y Paris, parecen tristes y desiertos al que ha tenido la costumbre de vivir en medio de este tumulto organizado que no cesa sino en algunas horas de la noche.

El *West-End* sin carecer tampoco de animacion y de actividad, presenta otra escena diversa. El comercio es verdad que ha invadido algunas de las calles de la aristocracia y de la nobleza; pero ha sido una invasion de lujo y de esplendor. Los sastres y los zapateros, son sastres y zapateros del príncipe Alberto. Los joyeros y modistas son joyeros y modistas de la reina Victoria. Los tapiceros y ebanistas son tapiceros y ebanistas del duque de Clarendon ó la duquesa de Southerland. Las puertas y aparadores de las tiendas son for-

madas con grandes y limpios cristales y con marcos y molduras de metal bruñido y reluciente.

Detras de esas vidrieras constantemente aseadas, se ostentan colocados con gusto y simetría los chales finísimos de cachemira, las porcelanas de China, las sederías de Leon, las vistosas lanas de Escocia, los bronceos de Birmingham y los mármoles de Italia. Todo lo que hay de mas delicado, de mas esquisito y de la última moda, se encuentra allí reunido y esos primorosos almacenes visitados por las señoritas de la nobleza que dejan sus carruages elegantes y sus cocheros de peluca blanca y de librea encarnada, presentan un continuado y vistoso conjunto que revela la delicadeza, la opulencia y el gusto.

La calle del *Regente* y la de *Picadilly* donde se hallan estas tiendas y almacenes, son anchas, rectas, formadas de edificios de arquitectura moderna y pintados al óleo de blanco ó de un amarillo bajo y apacible.

Difícilmente se encuentran en otro país unas calles que como estas, tengan un aspecto tan magnífico y animado.

Las calles donde viven los abogados, los diplomáticos y los barones, condes y duques, tienen una apariencia grave y quizá algunas veces melancólica.

Todo el rumbo de *Belgrave Square* y *Grosvenor Square*, está lleno sin escageracion alguna, no de

casas, sino de palacios. En todas las plazas, que son muchas, hay plantado y bien cultivado en el centro un jardín, con su enrejado de hierro. (*)

Las calles, en vez de ser de losa, piedra ó madera, están construidas bajo el sistema de *Mac Adam*; tienen una superficie tan tersa é igual como cualesquiera de nuestros salones. Regularmente la entrada á las casas es por una escalera corta de granito de Portland y á veces de mármol, tendida sobre la ancha acera y adornada con un balaustrado que termina con dos albornates que sostienen unas farolas con cuatro ó seis luces de gas cada una.

Esta pequeña escalera conduce á un vestíbulo de arquitectura dórica ó jónica, y este vestíbulo da entrada al interior de las habitaciones, todas alfombradas, con escaleras de caoba, con puertas talladas y con balaustrados de metal bruñido.

Nada de tiendas, nada de almacenes, nada de carros ni de negociantes por aquellos rumbos. Parece que no se vive en Londres sino, en un castillo aislado y retirado á muchas leguas de la población.

De noche sobre todo, iluminada cada puerta de las casas con dos farolas y la acera á cada vein-

(*) A estos jardines de las plazas públicas llaman *Squares* los ingleses. Cada vecino tiene una llave de la reja con el privilegio de que puedan entrar los niños y la familia, y la obligación de cultivar un trozo del jardín.

te pasos con un reverbero con cuatro luces de gas hidrógeno, es cuando el aspecto de los *squares* está lleno de interés. Todo está en un completo silencio; de vez en cuando se desprende de entre las columnas de los pórticos algún agente de policía, mudo y silencioso también, como todo el barrio, grave y mesurado en sus pasos como si fuese la estatua del Comendador. Se avanza hasta los enrejados del jardín, dá unos cuantos paseos á la sombra de los árboles y vuelve á entrar y á embutirse entre las columnas y las molduras de los edificios. Cada quince ó veinte minutos se oye el ruido lejano de un carruaje. Se aproxima en efecto un coche espléndido tirado por dos ó cuatro caballos, se detiene en la puerta de una casa, descenden de él dos señoras misteriosamente veladas y envueltas en sus chales de cachemira, y abriéndose una puerta entran y desaparecen esas bellezas, cuyos rizos blondos y cuyos ojos cándidos y azules, apenas se pudieron descubrir un instante por un lado del velo que las ocultaba. La puerta se ha cerrado con estrépito, el carruaje ha desaparecido velozmente, y á los cinco minutos han quedado de nuevo en el silencio mas profundo todas las ricas y aristocráticas habitaciones.

Regularmente la mayor parte de los que van á Europa, no solo dejan de viajar por el interior de Inglaterra, sino que entretenidos durante su corta residencia en las calles centrales, no llegan á conocer ni siquiera superficialmente á Londres.

Es menester en alguna de esas noches despejadas y tranquilas en que se han disipado las nubes del cielo, y en que han cesado las chimeneas de formar las nubes artificiales de la tierra, reconocer esas calles espaciosas del *Regente, del Pall-Mall, de Oxford,* y de *Tottenan Court Road,* iluminadas con luces de mil colores, con linternas y reverberos de las mas caprichosas formas, y presentando una vista óptica tan interesante y tan romántica, como la que concebimos en nuestra mente cuando pensamos en ciudades fantásticas, en edificios maravillosos, en espectáculos que no pueden ecsistir sino en el fuego y en el calor de la imaginacion.

Si de estas calles, donde dura la concurrencia y el comercio hasta las doce de la noche, y á veces hasta la una y dos de la mañana, pasamos á las orillas del Támesis encontraremos otro espectáculo no ménos interesante. Los puentes están iluminados por grandes farolas; los centenares de buques acomodados en una y otra orilla presentan con sus arboladuras y sus cables y cuerdas el aspecto de un bosque en el rigor de un invierno. De las altas chimeneas de las fábricas situadas en las márgenes del río, se escapan á veces columnas de fuego que enrojecen por un momento las ondas, y convertidas en una inmensa columna de humo, se van disipando lentamente ó reposan sobre las aguas profundas del Támesis.

Si del río se toma por el rumbo de Westminster,

atravesando los inmensos parques, se entra en el verdadero centro del *West-End* y sin cesageracion ninguna se puede andar durante cuatro ó seis horas por jardines, palacios, quintas soberbias que no se sabe donde principian, ni se puede averiguar donde acaban.

Muchas veces en estos paseos solitarios y nocturnos me ha sorprendido la luz del nuevo día, pensando que debia dar gracias á la Providencia porque me habia concedido el admirar una ciudad quizá mas opulenta y grandiosa que las de Babilonia, Itálica, Nínive y otras, cuya fama y cuyos recuerdos no ecsisten mas que en la historia y en unas cuantas columnas y arquitraves rotos y derrumbados en medio del desierto.

Lóndres durante el día es el comercio, el cambio y la vida material. Lóndres durante la noche, es la opulencia, el romance, la vida ideal.

La *City* representa la riqueza del pueblo. El *West-End* la riqueza de la aristocracia.

La *City* representa la libertad, la democracia y el trabajo. El *West-End* representa el principio de la aristocracia, el talento y el descanso. No hay mas que observar en el *West-End*, á un noble con paso tranquilo y mesurado ecsaminando con su lente la belleza de los olmos del parque, y la igualdad y brillo del césped, y compararle con el habitante de la *City* con la bolsa henchida de cuentas y de billetes de banco, ó saltando en el Támesis de

barco en barco recogiendo de cada uno de los capitanes paquetes de muestras y facturas de embarque, para conocer que está representada perfectamente en estos dos individuos la division material de Lóndres.

En la *City* está la prision y la Penitenciaría: es decir, el lugar del sufrimiento y del castigo del pueblo: en el *West-End* está el *Club* y la ópera italiana, es decir, el lugar de holganza y de la delicia del rico y del noble.

En el *West-End* está el palacio: es decir, el principio y la fuente de la monarquía.

En la *City* están las casas municipales: es decir, el principio y la fuente de la autoridad popular.

La gran vanidad de muchos de los nobles ingleses, consiste en haber residido treinta ó cuarenta años en Lóndres, y no haber pasado nunca de *Temple Bar*; es decir, no haber pasado nunca del antiguo límite romano, normando y sajón.

El orgullo de los grandes comerciantes es haber residido durante treinta ó cuarenta años trabajando en su escritorio situado en los oscuros pasadizos de *Austin Friars*, *Adams Court* ó *Copthall Buildings* y no conocer ni aun de vista ni á la reina ni á los príncipes.

El *Vest-End* tiene su reina y su corte á quien obsequia y aplaude; pero la *City* tiene tambien su rey y su corte. Mientras la reina Victoria pasea en su carruaje abierto tirado por seis eaballos en

el parque de San James, el Lord Maire se ostenta tan orgulloso y satisfecho como la soberana, y surca las aguas del Támesis con su barca con una esfinge dorada en la proa como las antiguas góndolas de Venecia.

Si la reina tiene su coche de Estado, tambien el rey electivo del comercio tiene su pesado carruaje lleno de molduras y de reliéves del gusto antiguo, tirado por seis poderosos caballos de la raza normanda y conducido por cocheros y postillonés que visten la librea roja de la nobleza de Inglaterra.

Y luego, cuando la reina de la Gran Bretaña se digna hacer una visita de ceremonia á sus leales banqueros, á sus fieles fabricantes y á toda esa poblacion trabajadora que vive y se enriquece en las orillas del Támesis, la ciudad cierra sus viejas puertas y todos los corregidores, todos los miembros de los gremios, sociedades y compañías vestidos de calzon corto y de uniforme morado, bordado de seda, precedidos del Lord Maire se presentan á entregar las llaves á la reina y á ofrecerle la hospitalidad con el amor, respeto y veneracion con que se usaba en los tiempos de los primitivos sajones.

En esas ocasiones se cierran los almacenes, se suspenden por un momento los negocios y todos se ocupan en llenar de banderolas, de gallardetes y de letreros de luz las antiguas calles del *Strand*, *Fleet*, *Ledenhall* y *Cheapside*, por donde han pasado en solemne procesion tantos soberanos y tantas

reinas ántes y despues de haber colocado sobre sus sienes la corona de fierro de San Eduardo.

Lo mas notable y singular de todo esto es, que á pesar de las diferencias tan marcadas entre la *City* y el *West-End* hay una armonía perfecta y se hallan tan bien combinados los elementos que una y otra parte se comunican mutuamente su fuerza, su poder y su riqueza para formar de Lóndres moderno el emporio del comercio, de la riqueza y de la industria de todo el mundo.

Es un error creer que Lóndres es la capital de la Gran Bretaña. Esto no es cierto, Lóndres es la capital de toda la tierra, el asilo comun de la civilizacion y de la libertad de todo el género humano.

La fundacion del Banco no se dejó al estado de prosperidad de él y de poder de la Inglaterra una vez al comercio tuvo origen en el comercio de la moneda y abastecimiento en que se halla de esa época el comercio de la moneda.

XII.

EL BANCO REAL.—EL LLOYD'S.

Harémos una visita á algunos de los establecimientos mas notables que, segun hemos dicho, existen en la *City*.

Como monumento mercantil ocupa el Banco Real el primer lugar, no solo en Lóndres, sino en el resto de la Gran Bretaña y de Europa. A pesar del esfuerzo de los franceses que en algunas épocas han llegado á un grado de gloria y de esplendor bien notables, apesar de la actividad é inmensa riqueza de los holandeses, á pesar también del orgullo y esfuerzos de todos los escoceses, ni el Banco de Francia, ni el de Amsterdam, ni el de Edimburgo, han llegado á tener ni el movimiento, ni el firme y sólido crédito del Banco de Inglaterra. (*)

(*) Desde 1833 hasta 1845, el Banco real de Inglaterra ha tenido anualmente en circulacion por término me-